



mejo, y hayen mendrosos de prestarle su cooperación fundada en algo que ellos estiman práctico, cuando en el fondo no es más que una conducta contraproducente.

Me refiero a un gran contingente de hombres que, unos a unos, y otros al parecer en la acera de enfrente, al escuchar nuestros requerimientos y solicitudes sin reconociendo que nuestra voz es el grito de la conciencia y el deber; se han negado a prestarle su apoyo o han huido del nuestro, porque creen, engañados, que, a nuestra vera escarrearían la perdición de sus familias.

—Si, eso que V. propaga es lo mejor nos han dicho, y hemos visto en sus ojos la luz de la sinceridad.—Pero ¿y nuestros hijos...?

Con ese pueril argumento se han creído ellos libres de contribuir a lo que sus conciencias les ordena: en su trivial excusa han encontrado el fundamento para justificar su debilidad.

Tal vez creyeran ellos, de buena fé, que con alentar la rebeldía y con sumarse a la protesta, acarrearían graves perjuicios a los suyos, ya que en nuestra organización social casi siempre triunfa la injusticia. Quizá el temor de ver a sus hijos perjudicados y su defensa, fuera verdaderamente para ellos el espolique que los moviera a hacer tracción a sus convicciones, y nada más equivocado y erróneo que el fundamento de esas determinaciones.

Esos hombres no ven el problema en toda su magnitud. Cegados por las contrariedades del momento que pretenden muchas veces vanamente salvar, no piensan en la grave responsabilidad moral que adquieren, ya que con su conducta favorecen el resultado de lo contrario que buscan.

Reconocen, desde luego, que nuestras costumbres políticas son viciosas y perjudiciales, reconocen también que nuestro ambiente social es méfítico y malsano, que la mentira se impone con cínico escandaloso, que la justicia cede su puesto al favor y al compadrazgo, que, en suma, nos revolcamos en una repugnante pocilga cuyo cimiento es el egoísmo y la avaricia; y en lugar de poner su modesto grano de arena en la obra de nuestra regeneración, dudan metrosos y tímidos por fundar en el amor a sus hijos la huida indisculpable del puesto de combate.

—¿Y qué honrados jefes de familia, ¿no observáis o no llegáis a comprender que con vuestra desastrosa conducta conspiráis en contra de la felicidad de vuestros hijos?

Sabéis que la actual organización de nuestras costumbres es más inmoral que una mancebía, y en lugar de hacer lo posible por ventilar el ambiente y purificar el aire, legando a vuestros hijos—a esos seres que decís tanto queréis—un tanto más de felicidad, lo que hacéis, por el contrario, es contribuir a encenagar más la charca, aceptando de favor lo que por justicia os pertenece y añadiendo una piedra más al pedestal de la tiranía.

A buen seguro que si vuestros hijos son comerciantes, al día de mañana, no solo agradecerán vuestra conducta presente, sino que por el contrario, al verse azotados por la ignominia y acorrotados por la siurazon, quien sabe si tendran de vosotros un mal recuerdo, porque no supisteis labrar el bloque de su ventura.

Pensáis hacer el bien y realizáis una labor contraria. ¡Ay de nosotros si las inmensas legiones de luchadores que dejaron en la pelea sus energías, su sangre y hasta sus vidas, hubieran pensado, egoístas, tanto en sus hijos!

Sin ellos, a estas horas, estaríamos ofrendando la casta virginidad de nuestras hijas a la lubricidad del señor del feudo y recibiendo docientos paños del verdugo por que el amo se levantara de mal humor.

Hay que mirar más lejos si verdaderamente amamos a los que dimos el ser.

Ya que no podamos legarles el disfrute de la felicidad completa, por lo menos contribuyamos a despejarles el camino, educandolos con el ejemplo del cariño a lo noble y a lo bueno y aplastando los obstáculos que no sean insuperables a nuestras energías.

Lo contrario es un error.

Y esto lo dice un hombre que tiene también hijos y que también deposita con ternura besos de acendrado y puro amor en sus angelicales mejillas; pero que por eso mismo, por que los amamos mucho sufre impotente al no verse lo bastante fuerte y poderoso para barrer con su empuje las actuales ignominias sociales dejandolos por herencia la felicidad de un mundo mejor.

Transigir con la inmoralidad y hasta alentarla prestándole vasalaje, no es precisamente buscar el bien de los que nos preceden en el camino de la existencia; por el contrario rebelarse a ella, combatirla y hasta exterminarla, es lo que deben hacer los que se preocupen de la felicidad de las generaciones que llegan.

Contemporizar con el mal, no evitarlo, es tender a su propagación.

Aurelio Martínez

## El individualismo y el comunismo

—No me hables de comunismo.

—¿Estás por las comunidades religiosas?

—Estoy.

—En pleno comunismo viven. Comen en una mesa, duermen bajo un techo, oran juntos, están sujetos a una regla. No pueden los franciscanos decir suyo ni el hábito que visten.

—Se apartan del mundo.

—¿Y los soldados? Están distribuidos en cuarteles, comen de un rancho, obedecen a una voz y a una ordenanza. Juntos pelean y juntos van a la muerte.

—Es un comunismo pasajero.

—Te supongo de los que tienen por base de la sociedad la familia. Común es para hijos y cónyuges el hogar. Común la vida, común la renta, común los gastos.

—En cambio los pueblos tienden al individualismo.

—Te engañas. Común es para todos los fieles la iglesia. Común para todos los vecinos, la calle, la plaza, la fuente, el egido. Común para los ciudadanos el Museo y la Biblioteca, común la enseñanza. Común es cada día más el trabajo. Cada vez más común, merced al establecimiento de grandes empresas y a la creación del taller y de la fábrica.

Comunes son, finalmente, los innumerables servicios que nos prestan el Estado Ayuntamiento, las Diputaciones de provincias. Se puso en venta no hace cuarenta años, los bienes comunes de los municipios, y se aspira por que se los restablezca. Dejo a un lado las tendencias comunistas de los jornaleros.

—¿Eres entonces comunista?

—Tan comunista como individualista. El comunismo y el individualismo son igualmente necesarios para la vida y el desarrollo de nuestro linaje. Sin el comunismo se disolverían todas las sociedades; sin el individualismo, perdería el hombre su personalidad, fuente de todo progreso. En el orden político y el económico son el individualismo y el comunismo lo que en el orden moral, el egoísmo y el altruismo, lo que en el orden científico las fuerzas centrífuga y centripeta. El sistema que los sintetice será el más perfecto.

F. Pi y Margall.

## ¡Viva el Reformismo!

Eso fué lo primero que se nos ocurrió gritar cuando nos enteramos de lo ocurrido días pasados en la aldea del Marchal.

Hay a la sazón en aquel anejo un

bondadoso sacerdote y un aplicado profesor de instrucción pública, el cual profesor tiene abierta en aquel punto una escuela particular.

De acuerdo el sacerdote y el maestro, pensaron en organizar una velada infantil, en la cual, como el caso requiere, solo se tendería a dar un rato de esparcimiento a los chiquillos de aquel lugar, que a un mismo tiempo encontrarían en ello un motivo de estímulo para proseguir con más ardor la enseñanza.

Así las cosas y todo ya preparado para celebrar al día siguiente la citada velada, no contaban los iniciadores de la fiesta con la hoespeda, y la hoespeda era nada menos que el enojo del caciquillo reformista de aquel anejo que por si quiere favorecer a otro maestro de escuela particular allí establecido, o por lo que sea, se le metió en la mollera que dicha fiesta no se celebrara y amenazó con no sabemos que clase de castigos a los que por su puerta pasaran con dirección al lugar de la reunión y dijo que no permitiría que la velada se celebrara como a ella asistieran más de veinte personas.

La cosa en sí tiene bastante miga; pero no es esto lo mejor sino que el profesor en cuestión, temiendo una fechoría del caciquillo, se vino al pueblo a hablar con el Alcalde y contarle lo que sucedía con el fin de evitar rozamientos e imprudencias.

Y entonces el Alcalde les concedió el permiso para que celebraran la velada, pero a condición de que se cumpliera con la ley de reuniones, solicitando el correspondiente permiso por escrito.

Como el cura un millón cualquiera una asamblea revolucionaria.

Pero es claro, como el partido reformista tiene como principal base de su programa político el respeto a ley ninguna ocasión más propicia para dar una prueba de su civismo que aplicando todo el rigor de las leyes a la celebración de una fiesta inocente y educativa organizada por un cura y un maestro de escuela.

Tanta rigidez cuando se trata de defender las torpezas de una autoridad pasional como la del Marchal y tan anchas tragaderas para dejar robar en el mercado y cometer tropelías electoreras como las de fecha reciente.

¡Viva el reformismo!

## SEMBLANZAS FEMENINAS

Es alta, buena moza, de ardar erguido y arrogante y de continente enérgico.

Sociable, inteligente y viva de carácter, donde ella está, está la alegría que comunica a todo lo que le rodea con su genio juguetón y desprovisto de tristezas.

Su cuerpo es bien formado, ágil y robusto, y su cutis moreno tiene la suave tonalidad de las encantadoras morenas de nuestra tierra.

Es hacendosa y buena hija, lo cual no quita, que haga lo posible por rendir culto a la honesta alegría, siendo lo que vulgarmente se dice un tercio para fiestas y reuniones.

Su cara no es la de una ventura, que digamos, porque hay en su nariz cierta irregularidad que no contribuye a embellecer su rostro, pero no obstante, tiene un par de ojos negros que, si ser inmensamente grandes, son hermosos y traviesos que dan a su rostro un aspecto muy semeiante a la belleza.